



CARAS Y CARETAS

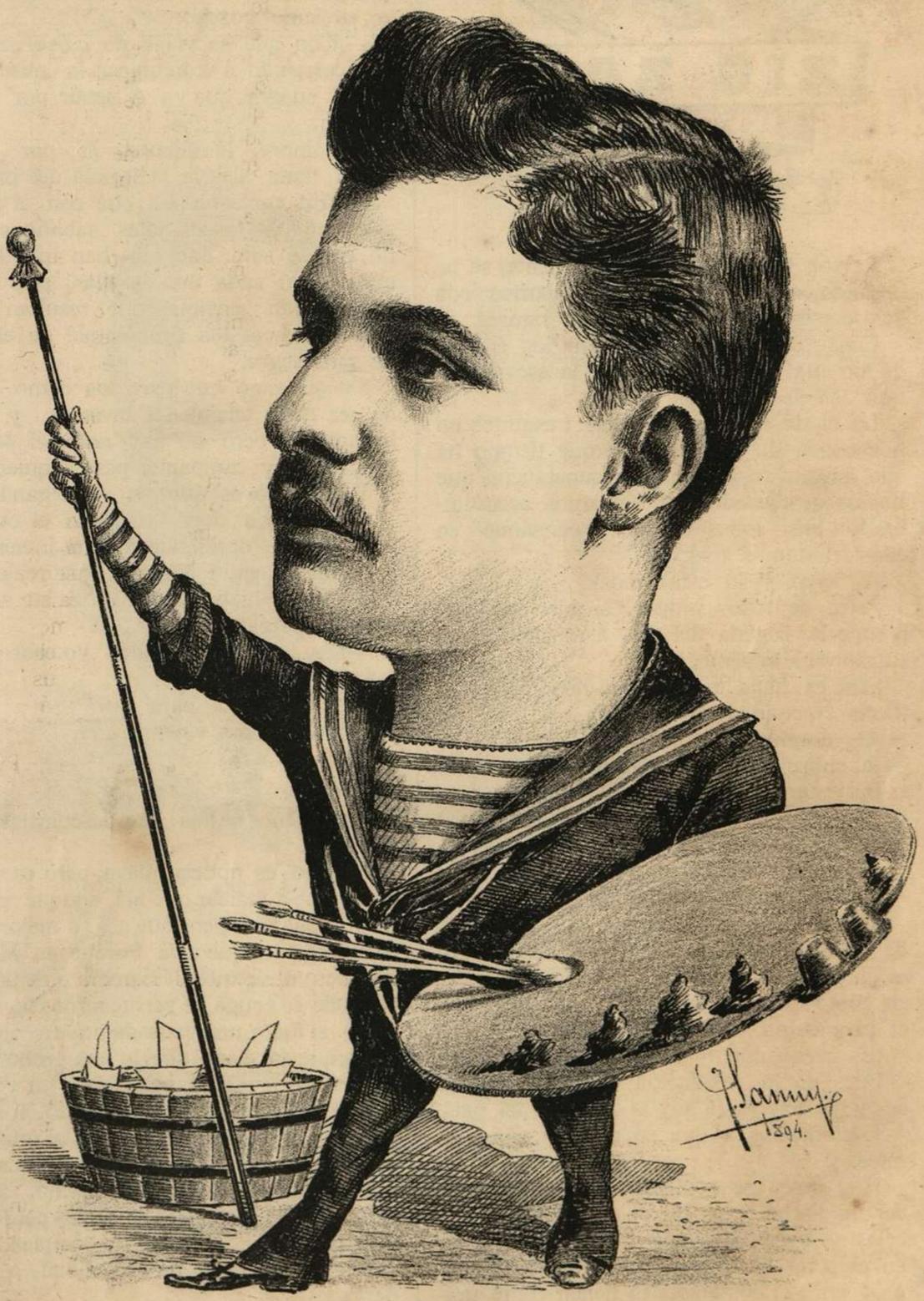
SEMANARIO FESTIVO
2.ª EPOCA

Director: ARTURO AGUIÑEZ

Director-Artístico: JUAN SANDY

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

MANUEL LARRAVIDE



J. Sandy
1894.

Su talento singular
hace á la gente admirarse,
pues pinta tan bien el mar,
que, aún con un frio polar,
da deseos de bañarse.

AÑO 1
Nº 9
Abril 29 de 1894
PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
Los mismos precios, en moneda equiva-
lente, con el aumento del franquico.
Número corriente 30 centesimos. - Número atrasado 60 centesimos

DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

SUMARIO

TEXTO—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez—«Amor Culinario», por C. Lengua—«La casa de locos», por Carlos Ossorio—«Ráfagas», por Je t'aime—«Todo ojos», por Escalero—«Cantares», «Para ellas, Otoño», por Aga—«Teatros», por Re-Bemol—«Menudencias», «Correspondencia particular»—Avisos.

GRABADOS—Manuel Larrañaga—«El frío»—«Galería de periodistas», Alberto V. Zorrilla—«En el teatro y varios intercalados en el texto y avisos».



Parece que ahora, definitivamente, se ha decidido el invierno á obsequiarnos con sus correspondientes meses de rigores.

Cosas de nuestra tierra; tras los rigores de un mal gobierno, los de la escasez, y tras los de esta, los del frío.

Lo cierto es que estos días fresquitos no nos cogen de sorpresa, porque tiempo ha que, dadas las afligentes circunstancias que hemos atravesado, nos habíamos acostumbrado casi todos á decir, pensando en ellas: ¡Estamos frescos!

¡Y vaya si lo estábamos!

Pero, de todos modos, si bien no sorprende la llegada del frío, á muchos aflige extraordinariamente.

¡Ahí es nada lo que se nos presenta! ¡Doña Necesidad de Abrigo!

¿De dónde demonios saca uno abrigo para cubrir sus huesos (que de carnes no es menester hablar ya por que la mayor parte de nosotros se ha quedado sin ellas) mientras dure esta malhadada estación?

Es un problema.

Que podría formularse así:

«Dado un hombre cuyo capital consta de muchos ceros, y un abrigo cuyo costo es de muchas unidades... de moneda, decir cómo podrá conseguirlo, no queriendo el propietario fiarlo ni regalarlo.»

¡Es irresoluble!

Pues en la resolución de tal problema se halla empeñada hoy la mayoría del país.

Los medios á que se recurre son infinitos.

Hay quien se contenta con dejarse crecer la barba y el bigote y el pelo y las cejas y todas las apéndices capilares de su persona hasta donde se pueda, tundándose en que los animales tienen como único sobretodo su piel.

Otros, menos desheredados, se colocan un felpudo en el pecho y otro en la espalda, bajo la camisa. Pero, para eso es necesario, poseer previamente los felpudos.

Otros, en fin, procuran entrar en calor, y por cierto que lo consiguen, echándose al buche dos ó tres vasos de caña.

Por eso sin duda, decía uno de éstos á otro, anteayer, invitándole á beber los con-sabidos tragos:

—¡Eh! ¿Vamos á ponernos el sobretodo?

Aún practicables todos estos métodos de calefacción personal externa é interna, la llegada del invierno preocupa extraordinariamente, por otras causas, á cierto número de personas.

Conozco un joven que se desespera á la sola idea de que, mediante el frío, se le ponga colorada la nariz.

También es verdad que una vez en ese estado, el tal apéndice parece una pirámide de Egipto ruborizada.

Sé de una señora que tiene la suerte de poseer un yerno manso, al cual yerno suele tirar de las orejas siempre que se le ofrece ocasión, y aún cuando no se le ofrece, que se alegra infinito de la llegada de los fríos.

Así nos lo decía el mismo yerno, que para ser tonto de remate sólo le falta que lo pongan en subasta; pues al oír asegurar que el invierno se venía definitivamente, exclamó gozoso:

—¿Con que se viene de *adeveras*? Pues voy corriendo á comunicar la nueva á mi mamá suegra, que va á sentir por ello un alegrón.

—Hombre, le dijimos. ¿Y por qué le causa tanta alegría la llegada del invierno?

—¡Ah! contestó. Es que con el frío me salen en las orejas tales sabañones, que no parece sino que me han montado un elefante en cada una de ellas, por lo cual quedan tan sensibles que resultan doblemente eficaces los tirones que de ellas me da mi suegra.

Me supongo que para los como éste ha de ser cosa terrible el invierno, y es de lamentarse, pero no hay *tutía*; él se viene tan fresco y campante, pese á quien pese. Y lo cierto es que ya va llegando.

Como decía don Castísimo el otro día. —Amigo, decididamente, el invierno ha sentado ya entre nosotros sus reales.

Lo cual hizo exclamar á su sobrino, tronado perpétuo:

—¡Ay! ¡Cuánto daría yo por ser invierno!

—¡Hombre! ¿Y para qué?

—¡Pues! Para tener *reales*.

* *

En Buenos Aires han descuartizado un hombre.

Esto no es noticia nueva, pero es verdad.

Y viene á indicar que allí, aunque parezca mentira, se vive peor que acá, ó mejor dicho, se muere peor que acá. Porque en Montevideo, nos moriremos de hambre ó de tifus, pero nadie se ocupa de serrucharnos la cabeza como si fuera una pata de mesa.

Porque así dicen que lo han hecho con la víctima los asesinos, ostentando un verdadero lujo de crueldad, que por cierto, si aquello está tan mal como esto, será el único lujo que habrán podido ostentar en su vida.

Y es el caso que con tal capricho, como la cabeza se ha perdido, han hecho perder también la cabeza á todos los empleados de policía, lo cual es una habilidad, á no dardarlo.

El misterioso crimen ha preocupado á todo el mundo, y dado tema á infinitas conversaciones matizadas de detalles horribles y hasta cómicos, aunque parezca cuento.

—Mira tú qué ferocidad, decía en un corri-

llo un gallego á otro. Han matado al hombre y despues de matarle, todavía le han descuartizado.

—¿Y para qué han hecho eso? preguntó el otro.

—Sería para hacerle sufrir más.

—Pues entónces más hubiera sufrido si le hubieran descuartizado primeramente, y lo hubieran matado despues!

* *

Los inmortales nos han honrado con su visita y con esto se queda dicho que ya no nos falta nada para ser el pueblo más favorecido de la tierra.

Cierto es que han llegado algo maltrechos, faltos de ropa y con muchas ganas de comer, pero así y todo, el gusto de ver de cerca á hombres como los brasileros, á quienes no consiguen matar ni la fiebre amarilla, ni las balas, ni la rabia, ni el agua, juntando todas sus propiedades destructoras, nos hace olvidar los desperfectos indumentarios y estomacales que han sufrido, porque la verdad es que están muy *derrotados*, en la doble acepción de la palabra.

Sin embargo, no falta quien les envidie, y ahí va la prueba.

—Dígame, don Salustio—decía ayer un jóven, al zapatero de mi barrio, despues de leer en un diario cierto artículo sobre los emigrados—¿Todos los emigrados comen *el pan de la emigración*?

—¡Claro! Desde que son emigrados!

—Pues, me decido á emigrar yo, y para siempre.

—¡Pero hombre! ¿por qué?

—Porque siendo siempre emigrado, tendré seguro siempre el pan ese de la emigración.

* *

Ya sabrán ustedes que en las carreras del Domingo cayeron dos corredores de sus respectivos caballos.

Y ¿querrán ustedes creerlo? Los dos quedaron con la crisma intacta; es decir, que no se rompieron la crisma.

Y luego que me digan los escépticos que no hay jente que ha nacido para todo, menos para morirse. A esos del domingo les echaría yo el *tifus*, á ver el chasco que se llevaba! Si á cualquiera le dan ganas de ser *jockey*, para poder gozar tales prerrogativas!

—Y luego,—como me decía un sacristán algo bestia—que según me han dicho, siéndolo (*jockey*, no bestia) sigue uno una carrera sin tener que ir á la Universidad.

¡Y es claro!

Lo que hay es que las carreras esas van exigiendo dotes especiales en el corredor.

Porque, según se ve, esos dos corredores de que hablábamos han querido llegar al *summun* de velocidad.

Y no contentos con correr, *volaron*.

* *

A propósito de carreras.

Diálogo escuchado á la salida del Hipódromo.

—Mira; nadie se queda á ver la última carrera; todos se van antes, á ganar asiento en el tren.

—Es cierto. Siempre sucede lo mismo.

—Pero entónces, si nadie se ocupa de ella, ¿para qué ponen en el programa y corren siempre una última carrera? ¡Con suprimir la que quede última!

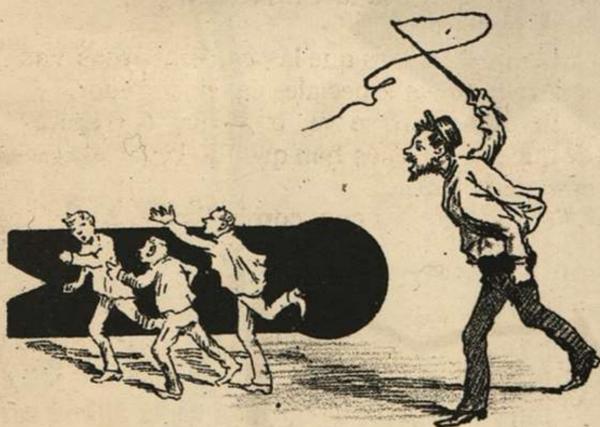
ARTURO A. GIMÉNEZ



Amor culinario

(A mi novia *Coco Pan* domiciliada en *Durazno*, que pone *carne gallina* y vuelve el *seso* a su *Pablo*)
 «Van dos cartas entre mes que te escribo ya quemado, pues tu amor á fuego lento me resulta *insulso caldo*. ¡Me dices cada *empanada!* y luego ¡qué estilo *helado!* Es para dejarme *frito* yo que me estoy *abrasando*. ¡Eres *sosa* de remate. ¿o me crees un *estropajo?* Echa, pues, *sal* y *pimienta!* ¡escribe *condimentado!* *Rellena* bien tus escritos, pues solo seré *pescado* por la que tenga *salero*, pues yo las *pavas* regalo, que para tales *pasteles* la *milanesa* reclamo, la *chica* que en la *cazuela* se llevó el *laurel* este año Mas vuelvo otra vez a cuento: tu *desaliño* es muy raro, que haces muy bien *picadillo*. teniendo el *sarten* del mango. Pero si á *mesa* y *mantel* pagan los buenos el *pato*, ¿por qué yo libro el *pellejo* y no recibo ni un *tajo?* ¿Que no me has *cortado* dije? — *Vino seco* cual *espárrago* con *ropa vieja* vestido dijiste el año pasado á tu amiga *Clara Pera*, la hermana del comisario. ¿Lo recordarás sin duda? Mas ahora esos halagos tan finos ya no me *brindas*... ¡Si querrás romper los *platos!* ¡Eso no! Sé tan seguro como que me llamo *Pablo* que te gustan mucho los *Niños envueltos* ¿Va claro? Pues si deseas tenerlos... recuerda que aquí está *Pablo*.

Por la copia
C. LENGUAS



La casa de locos

—¿Y, dice Vd. doctor que mi hijo vivirá?
 —Señora; eso, solo Dios puede saberlo. La locura es de tal jénero, que exige, como primera medida, el empleo de la *camisa de fuerza*, y como la época y el Gobierno parecen querer dejarnos sin *camisa*, va á ser difícil su curación. De todas maneras, este manicomio tiene excelentes condiciones, y muchas personas que han acudido á visitarlo, han manifestado vivísimos deseos de perder la razón, pa-

ra residir en él. Lo que ahora necesito, es que me manifieste Vd. las causas que en su concepto han influido en su hijo para hacerle perder la razón.

—Mi pobre hijo estaba suscrito á los diarios y se empeñó en saber la verdad de lo que ocurría en el país.

—No diga Vd. más; la causa es más que suficiente. ¿Se llama?

—Cándido.

—Debí sospecharlo. ¿Y desde cuándo se declaró la locura?

—Hace muy pocos días: estaba leyendo su periódico favorito, y vió en una columna que el señor M... había sido nombrado Cónsul en los Santos Lugares: en la segunda columna leyó que el mismo periódico desmentía con indignación la citada noticia, y en la tercera pudo ver que el tal M... había sido nombrado, pero había dimitido. Entonces quemó el diario; quemó después los muebles de la casa, y hablaba de poner petróleo á toda la manzana, cuando fué preso por los agentes de la autoridad.

—¿De dónde es natural su hijo?

—De Tierra del Fuego.

Sus instintos incendiarios lo confirman. Pero, permítame Vd. que la abandone un instante. Oigo voces en el jardín y es necesaria mi presencia. Mientras vuelvo, puede Vd. entretenerse leyendo este registro de entradas.

El doctor hace una reverencia y se va.

La señora abre maquinalmente el libro y lee las siguientes partidas:

**

Juan Garcia Palomeque—Jóven de 25 años. Llevaba cinco de buscar el fondo de los discursos de un gran orador. Así que caía uno en sus manos, empezaba á tachar las flores retóricas y las oraciones incidenta-

GALERIA DE PERIODISTAS



ALBERTO V. ZORRILLA
Director de «La Tribuna Popular»

les, y acababa por tachar todo el discurso. La enfermedad de este individuo es de familia. Un hermano suyo había mostrado igual ardor por buscar la gracia que tuviera un diccionario greco-latino y había acabado por pegarse un tiro que lo dejó seco.

Ricardo Luciflor—Loco de amor. Se había prendado de una sirvientita y supo que era obsequiada por el primojenito de la casa. Obsequió después á una gran dama y supo que se sacrificaba por el cochero. Casóse con una mujer hermosa y esta se suicidó por otro amante. Volvió á contraer matrimonio con una vieja fea, y á poco averiguó que le robaba para sostener los vicios de otro hombre. Volvióse loco y al ingresar en el manicomio se enamoró frenéticamente de una estatua del jardín. Como esta no le ha engañado, hoy es feliz.

Perfecto Cadencia—Poeta no comprendido; autor de un drama que por envidia de los autores criollos no se ha representado. Se volvió loco por no encontrar un consonante á *Cántabros*.

Marcelino Verano—Tiene la manía del método. Ha escrito una memoria dirigida al Ministro de la Guerra de España para que los soldados reclutados por sorteo, dejen de llamarse *quintos* y se llamen pri-

mero, segundo, tercero y así sucesivamente. Tuvo un duelo por si debía aprenderse á leer antes que á escribir, ó vice-versa.

Se divorció con su mujer, porque habiéndole dado á luz dos hijos del primer parto, en el segundo no le dió más que uno, cuando él esperaba tres. Padeció una congestión cerebral porque le quitaron el turno para comprar una localidad en la boletería del teatro y asesinó á un cuñado suyo porque le vió empezar á leer un periódico por la última plana. Su locura es pacífica; se pasa la vida contándose los dedos de las manos, unidos previamente por las yemas, y está muy asustado por los millones de dedos que supone tener.

Gaspar Andrade, de Silva Vasconcellos Souza Monteiro Carneiro, Pereira Oliveira Contreira—Se volvió loco porque dió en la idea de leerse un censo de la población del Brasil, y porque no pudo encontrar quien le hiciera tarjetas de visita á peso el ciento.

Mamerto Gomez Espulitita—Este acogido se propuso demostrar, y lo ha conseguido, que es inexacta la frase de que ningún tonto se vuelve loco. Era muy rico; perdió la mitad de su fortuna en las carreras y la otra mitad en acciones de Banco.

Ruperto Chebelonol—Espiritista. Averiguó que el espíritu de Sócrates residía en un gato negro; supo que Platón le visitaba todas las noches, y escribió al dictado de Cicerón un discurso latino más castizo que el que lo inventó.

Seguían en el libro gran número de registros pertenecientes al bello sexo. Una loca lo era, porque su hermana le había sacado mal un peinado Cleopatra; otra, porque una amiga suya se había casado antes que ella; varias porque habían arrastrado á disgusto su *solterismo* hasta los cuarenta años; alguna, por un capricho no satisfecho de un aderezo ó un abrigo de *peluche*; finalmente, aquel registro de debilidades humanas, constituía un verdadero mosaico de desgracias.

Pero la señora no lo leyó por completo.

Un ruido infernal se lo impidió, ruido que fué acercándose por momentos, y cuya causa pudo reconocerse muy pronto.

**

El médico del establecimiento entró huyendo en la habitación y pudo refugiarse entre unos muebles; detrás del mismo, pálidos, desmelenados, con las miradas apagadas y torvas, seguían hasta docena y media de locos, gesticulando, lanzando frases amenazadoras y estúpidas carcajadas.

Cándido, el asiduo lector de periódicos, los capitaneaba.

La casa de locos se había convertido en un cantón independiente.

A los dos minutos se hallaba constituido un Ministerio, y el Ministro de Gobierno, que no era otro que *García Palomeque*, decretaba la libertad de todos los locos furiosos. La *camisa de fuerza* era quemada en el patio del establecimiento, y las rejas de las celdas sufrían algunos inofensivos martillazos.

Ricardo Luciflor, ministro de Culto y Justicia, decretaba el amor libre para legalizar algunas escenas que habían hecho ruborizar á la madre de Cándido; y el poeta no comprendido, el incauto *Cadencia*, escribía un *memorandum* en verso, dirigido á las demás potencias.

Marcelino Verano, el loco metódico, manifestaba á gritos que aquello era un desorden y pretendía regularizar la marcha del cantón.

En medio de los gritos de unos y otros, cuatro locos entraron en la sala, llevando triunfalmente un prisionero, hombre robusto y ante el que temblaban siempre los cantonales: llamábase *Pedro* y ejercía en la casa el oficio de loquero.

Su presencia fué saludada con las chanzas más crueles, y en un momento se le formó causa y se le condenó por unanimidad á ser emplumado.

Entonces *Pedro*, sacando fuerzas de flaqueza, logró desasirse de sus verdugos, y exclamó:

—Ciudadanos: antes de ejecutar vuestra sentencia os ruego me escuchéis.

—¡No! ¡No! contestaron veinte voces.

—¡Silencio!—dijo el metódico *Verano*:—hasta en los tribunales de nuestro país se concede á los reos el derecho de defensa, después de estar firmada la sentencia.

—Tiene razón.

—Que hable *Pedro*.

—Que nombre abogado.

—Que lo sea el doctor.

—¡No!

—¡Sí!

—¡Ciudadanos! siguió *Pedro*, aprovechando aquella desunión; veo que me habéis juzgado injustamente. Yo venía á reunirme con vosotros para advertiros del peligro que os amenaza.

—¿Cual?

—¡Que siga!

—¡No interrumpirle!

—Habéis nombrado un ministerio; pero os falta un ministro, el ministro de la Guerra. Los cantones

F L O R I D O



—Estrecho! Si del sastre no merezo ser protejido ahora ¡ya estoy fresco!



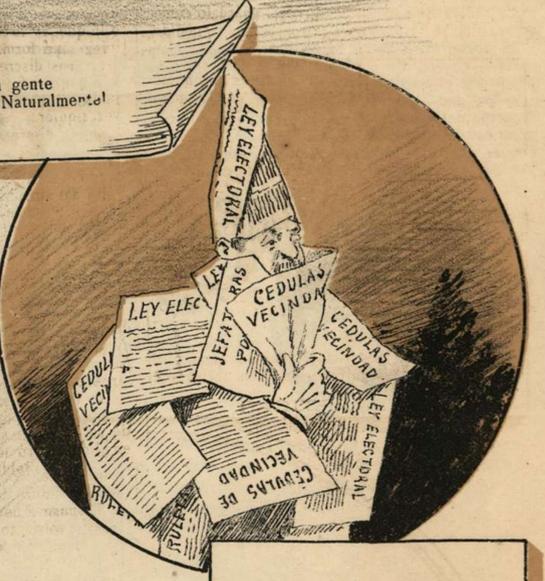
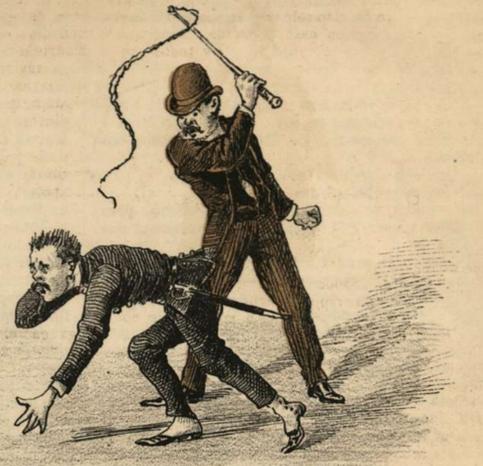
—Puede el mundo reirse, pero esto es lo mejor para cubrirse



No como el baile, para dar calor; y si que lo diga ese señor



Dicen que así á esta gente hacen sentir calor. ¡Naturalmente!



Todo esto, que en latin se llama un lio, bastará á protegerlo contra el frio.



Así, es seguro que los emigrados conseguirán estar bien abrigados'



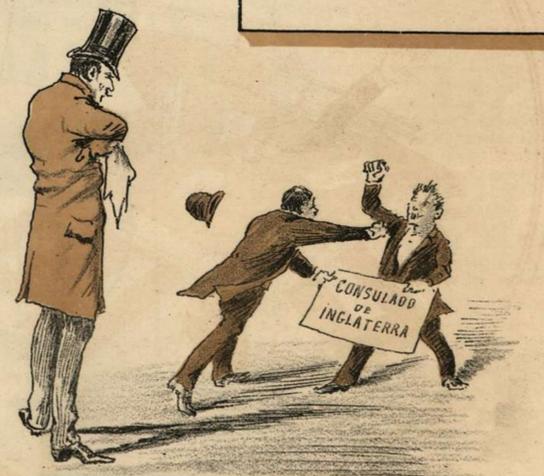
Como sudorifico el estudio de cuentas es magnifico,



Segun don Juan, el frio no se nota jugando un partidito á la pelota.



¡Ay que frio, Dios mio aún cubierto de cruces, siento frio!



Estos si que han logrado acalorarse, por el consulado



--Si da calor la fiebre, de este modo bebiéndola, me ahorro el sobretodo

Llega; y no es menester prepararse para recibirlo, bueno es evitar cómo esos han dé lograr no sentirlo.

inmediatos, envidiosos de vuestro poderío, tratan de atacarnos.... ¿Os dejareis arrebatar vuestra libertad?

—¡No!
—¡No!
—¡Que vengan!
—Pues bien, yo he sido soldado; de soldado á ministro no hay más que un paso, como de cocinero á capitán hay sólo medio. Confíad en mí y todos nos salvaremos.

—¿Qué necesitas para eso? preguntó uno.
—Nada más que vuestra obediencia.
—Pues bien, le interrumpió otro: manda, pero con acierto, para que despues te emplumemos con cariño.

—Necesito en primer lugar que os apartéis de mí para no embarazar mis movimientos. Muy bien. Ahora necesito que me permitais cojer un palo por si vienen nuestros enemigos.

Los locos se apartaron, y hasta uno de ellos más servicial que los otros, le facilitó el bastón del doctor que estaba junto á una silla.

Entonces Pedro, abandonando la palabra, recurrió á los hechos y con una rapidez vertiginosa, que acreditaba su práctica, hizo cardenales á muchos que no habian recibido siquiera las primeras órdenes.

A los cinco minutos estaba descantonzado el manicomio.

La señora que habia pasado crueles momentos de sobresalto, se levantó para marcharse.

El doctor salió de su escondite, y al acompañarla hasta la puerta, vió á Pedro que se adelantaba para devolverle el bastón.

—No, dijo el médico sonriendo; guárdalo como recuerdo de este día. A mí me basta haber aprendido prácticamente, gracias á tus lecciones, que para ciertas dolencias sociales sobran los doctores, siempre que haya buenos loqueros.

CÁRLOS OSSORIO.



HORAS ELÁSTICAS

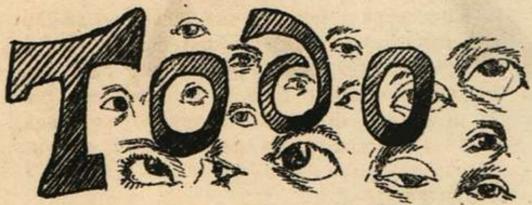
De sesenta minutos
consta la hora,
y unas veces es larga
y otras es corta.
Quien no lo crea,
Tenga un día de goces
y otro de penas.

**

HUMO Y CENIZA

Fumaba yo, tendido en mi butaca,
Cuando al sopor de plácido mareo,
Mis sueños de oro realizarse veo.
Del humo azul entre la niebla opaca.
Hallo gloria y poder; mas no se aplaca
El anhelo de mi febril deseo;
Hasta que al fin por el ambiente creo
Verte mecida en vaporosa hamaca.
Corro hacia tí; mi corazón te invoca,
y cuando el fuego del amor me hechiza
y van mis labios á sellar tu boca,
de ellos ¡ay! el cigarro se desliza
y solo queda de ilusión tan loca
humo en el aire y á mis piés ceniza

JE T' AIME



Apenas cerró el ojo el señor Gonzalez, cuando Nicolasa, que no veía más que por los de dicho señor, convirtió los suyos en fuentes, arroyos y mares para llorar tan dolorosa pérdida.

El señor de Gonzalez era para Nicolasa el ojo de la Providencia, y ella, á su vez, el ojito derecho del señor Gonzalez, pues desde que éste le echó el suyo encima la vino mirando con muy buenos ojos, sin quitarle ojo en todo cuanto hacía, ni aun la imaginación de cuanto pensaba.

Las jentes empezaron á decir, á ojo por supuesto, que el difunto dejaba muy buenos y muy abundantes ojos de buey (pesos en plata), no faltando alguno más atrevido que á ojo de buen cubero ase gurara que pasaban de cinco mil, por lo cual la malicia de muchos que parece que no tienen ojos en la cara, que tienen ojos y no ven ó que los tienen de adorno, dedujo que Nicolasa solo lloraría la muerte de su dueño y señor con un solo ojo; pero no le tuvieron muy bueno los que tal pensaron, por que la muchacha lloró bien á lágrima viva su desventura, teniendo los ojos constantemente arrasados en llanto.

Tomaronle ojeriza á poco de esto algunos mal pensados, que en cuanto la veían les hacían los ojos chiribitas á la primera ojeada, y que más pronto ó más tarde pusieron el ojo inutilmente en su ciega hermosura, porque la chica, que andaba siempre ojo avizor y alerta por ser de las que duermen con un solo ojo, les contestaba siempre, con la gracia que en ella era peculiar, aquello de:—¡Ojo al gallo que es de plata! mirádoles á la vez de reojo ó con el rabillo del ojo, que es lo mismo, para disimular mejor la custodia que de su honestidad hacía.

Ellos que veían la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo, se dieron de ojo para comérsela con los suyos respectivos y procuraban ponerlos de manera que hablasen más que la boca, creyendo á ojos cerrados cada uno de por sí que al momento la entrarían por el ojo derecho, hasta que se convencieron de los malos con que ella los miraba.

Verdad es que la muchacha se escapaba por el ojo de una aguja, y hablando metafóricamente cabe decir que donde ella ponía el ojo ponía la piedra, ó lo que es lo mismo, que nunca se equivocó en el juicio que formara de la cosa á que echó el ojo una vez siquiera; reíase, pues, de todos á ojos vistas y con sus discretas y muy certeras negativas parecía decirles siempre:—¡Ojo, que la vista engaña! ó lo otro de:—¡Ojo, que asan carne! mirádoles á la par con ojos de verdadera compasión.

En tal situación se halló Nicolasa cuando llegó á su pueblo, un joven con mas ojos que un queso, que así se dice cuando son grandes y expresivos, y en cuanto vió á la chica abríolos como una puerta cochera, fijándolos en los de pulga, pero alegres y vivarachos, de ella, diciéndola de paso mil sutilezas á modo de lisonjas. No se puede decir que en el primer momento llenara el ojo de Nicolasa el nuevo pretendiente; lo que si se sabe es que no le quitó ojo en el tiempo que duró la entrevista, que le tuvo á ojo, que equivale á tenerle á raya, un poco de tiempo, y que, por último, viendo los de carnero moribundo que ponía su amador y enterada de su buena historia, que ya á ella le habia dado en el ojo, cerró los ojos y pasó por todo; con lo cual consiguió el doble gusto de tener marido y darle en los ojos á los demás con él.

Dispuso á poco de esto el afortunado huésped, que se volvía todo ojos, celoso de su honra en aquel país desconocido, la vuelta á su lugar; y sabemos que exclamaron los burlados,—no se aclaró bien si pensando en los de buey (ó sean los pesotes) ó en los de Nicolasa, aunque no falta quien crea que por los primeros:

—¡Ojos que os vieron ir, ya no os verán volver!

RACALERO.



¡Que embriagas con tus ojos!
ya no me extraño
de que el marido tengas
siempre borracho.

**

Tienes unos ojillos
que lanzan fuego
y yo un dolor de muelas
que me las pelo.

**

El cirujano Canigo
preguntaba á Juan Ariza,
molido de una paliza
que le propinó un amigo:

—Los golpes ¿en donde fueron,
en el abdomen?—No tal,
detrás de la Catedral
fué donde me sacudieron.



Y el Verano dijo á la Primavera:

—Vamos, dulce amiga. El sol ya no nos rinde homenaje. Míralo alejarse; míralo besando apenas con sus rayos tibios la tierra que por agradarnos llenó antes de flores; nos abandona.... ¡Lloras? ¡Ah! Consuélate, muchos lloraran por tí; todos los que aman la luz y los hermosos días de sol que alegran el alma; los que aman las flores de suave perfume y delicado matiz; los que aman las noches tranquilas, tibias, de cielo luminoso, lleno el ambiente de susurro misterioso....

Vamos, dulce compañera. He ahí que Otoño, mensajero de Invierno, llega. Vamos; acabó nuestro reinado!

Y perseguidos por el vientecillo frio que despejaba el camino á Otoño, se fueron Verano y Primavera.

Y con ellos se fué, también triste y perseguida, toda aquella corte brillante, que les habia acompañado en su corta dominación sobre la Naturaleza.

Los hermosos colores que la revistieran engalanándola y hermoseándola, los días alegres de templado ambiente; las noches melancólicas que provocan el éxtasis; las dulces horas, calladas y discretas favorables al amor; las tardes suaves que inclinan á la meditación....

Todo se fué en apretado enjambre tras los reyes de la época hermosa del año, perseguidos por el vientecillo frio, precursor de la llegada de Otoño.

Y algunos lo sintieron.
El nuevo rey inició su reinado: las lindas flores cayeron marchitas á su paso, ajadas por el cierzo; los árboles dejaron caer sus hojas, despojadas por él de aquellas insignias de vigor y juventud.

Y he ahí que secas, muertas, se arremolinan con agrio crujido arrastradas por el viento, ó corren como una cinta amarillenta alrededor de los jardinillos en las plazas, atropellándose, deshaciéndose para dar gusto al viento que juega con ellas; que las deja un momento inmóviles, como estenuadas, rendidas, para volver á levantarlas nuevamente con un crujido, haciéndolas continuar su loca carrera para concluir por diseminarlas, por arrojarlas al azar, quién sabe dónde, muy lejos tal vez.

Se fué el Verano con su corte; he ahí que llega Invierno con su séquito; con los días grises arrastrando su manto de niebla; con las noches ventosas y frias en que la lluvia azota los cristales y el cierzo silba tristísimo; con las horas negras pasadas junto al lecho del débil, á quien el frio abatió; con los momentos de fastidio en que se mira chisporrotear la leña en la chimenea....

He ahí la lluvia cayendo incesantemente; he ahí los colores velados, entristecidos por la niebla; he ahí, de noche, las calles negras, las aceras mojadas reflejando como un rayo de luz que se hundiera en la tierra, la de los faroles, que extienden á lo lejos sus cadenas de luces y reflejos.

He ahí el coche que pasa rápidamente, distribuyendo mil relámpagos al reflejar su barnizada caja la luz de los faroles; y la lluvia siempre cayendo, incansable, igual, abrumadora....

El rey ha muerto, ¡Viva el rey!
Se fué el Verano con su corte; he ahí que llega el Invierno con su séquito.

Y hay que honrarle; hay que saludar su amplio manto de nieve que cubre las tierras.

En la modesta casa se sacan ya los juegos de lotería que reunirán por las noches á la familia y a los amigos íntimos al rededor de la mesa.

He ahí los cartones, los verdes, los rojos, los azules, todos elejidos, marcados con las iniciales, algunos con una fecha apenas visible, marcada en un angulo alguna fecha de grato recuerdo que trae á la memoria

el «yo te quiero» dicho con disimulo entre número y número que pregona el cantor ó la cantora.

En la aristocrática mansion se discuten los elementos que han de coadyuvar al éxito del próximo recibo; los vestidos que se han de lucir en él; los invitados....

Los teatros abren sus puertas para recibir tambien al Invierno; aquellos son los arcos triunfales levantados para solemnizar su llegada.

Allí se congrega la sociedad elegante: allí exhibirá su orgullo ó su vanidad cifrados en un prendido elegante, en un novio envidiado, en unos hombros marmóreos, en un vestido llamativo.



Mientras tanto, en los hogares tristes, en los hogares de los pobres, asoman su faz siniestra la Miseria, la Enfermedad, el Hambre y el Frio.

Es horrible el invierno de los desamparados! Los hijos pequeños, tiritando, agrupados, con sus caritas amoratadas y los caidos labios dejando ver los dientes apretados; la llegada de alguno que entra mojado, aterido, con la faz contraida por el frio y la desesperacion.

Es que salió en busca de algo y vuelve sin nada. Luego el silencio, solo interrumpido por una tonca, una respiracion fatigosa.

Es horrible el invierno de los desamparados! Pero los ricos seran felices con su llegada; ¡Viva el Invierno, que con él llegan las grandes noches de concierto, de sarao, de teatro!

Las flores murieron marchitas, abandonadas de su graciosa reina, la Primavera; ¿pero qué importa? ¿No renacen ahora nuevamente las flores de la belleza, de la elegancia, del amor?

¡Ah! Pero el Verano fujitivo dirá siempre á su dulce compañera:

—¿Lloras aún? Consuélate: muchos lloraran por ti. Y es cierto.

AGA.



Con Lucia de Lamermoor terminó su temporada la compañía Ciacchi y con «El barbero de Sevilla» comenzó la suya el cuadro formado por los señores Crodara y Carbone.

De la interpretación dada á la primera, ya hemos dado cuenta á ustedes. Vamos pues á ocuparnos de la segunda.

«El barbero de Sevilla», que más que una ópera es una colección de gorgoritos intercalados en el texto de interminables recitados, cosa que, por lo visto gustaba mucho á nuestros antepasados, admiradores entusiastas y empedernidos de papá Rossini y su música, no gusta ahora ni á los acomodados; pero, en cambio, place mucho á las tiples

lijeras, porque en ella tienen, para lucirse, tantas ocasiones como romanzas hay en el capolavoro (¡)!

¡Como que para decir «No», una de las palabras más cortas que se conocen, dedican cuatro compases de arpejos y dos de cromáticas, terminando en un agudo con calderon cuyo término hay que esperar sentado para dar en seguida la respuesta!

Lo cierto es que oyendo á la Tetrizzini, se olvida uno de todos estos caprichos de don Gioacchino; porque así como los pájaros no necesitan decir frases para encantarnos, ella no necesita del sentido común que falta en la ópera por completo, para dejarnos con la boca abierta.

Su Rosina, picaresca, alegre, retozona y graciosa hace olvidar que se está oyendo «El barbero» para recordar solo que se está oyendo á la Tetrizzini.

Tanto en la popular cavatina, como en el duetto del segundo acto, estuvo admirable.

Nada diremos de L'eco, intercalado en la escena de la lección, ni del wals de Romeo y Julieta que al final de la ópera cantó, porque no me gusta llenar espacio y agotar paciencias con elojios que sin dar ni poder dar idea de lo que se desea, forman un hueco palabrerío y aturden la cabeza del lector; á la Tetrizzini hay que oirla y no leerla.

El tenor Elias, ya conocido de nuestro público dió muy poco colorido á la romanza del primer acto cuya nota final se le rozó. Por otra parte, la escena de la embriaguez fué muy pobremente ejecutada, denunciando en él gran falta de recursos escénicos.

En cambio moduló perfectísimamente bien, la nota sostenida de introducción al allegro moderato «Buona sera mio signore», y si el público supiera aplaudir á tiempo y no solamente en los finales, lo hubiera aplaudido y mucho, con justicia.

Conti hizo un Don Bartolo algo operetesco, lo que equivale á decir que se olvidó del respeto que se debe á la obra maestra del gran músico de antes.

Lombardi, no sobresalió ciertamente en su papel de don Basilio.

En cuanto á Cesari, cantó correctamente su parte lo cual no es poco, tratándose un artista de ópera sin voz.

No obstante con su arte y profundo conocimiento de las tablas consiguió llenar bien su parte de Figaro.

Es todo un artista, y ya es sabido que tratándose de idems líricos, es esto una cualidad que poseen muy pocos.

A la salida de la cazuela
—¿Que bien canta la Tetrizzini, eh?
—¡Ah, muy bien! Que lástima que sea... así...
—¡Cómo, así!
—¿No dicen que es dama... lijera?

RE-BEMOL.



Don Camilo Vidal, director de «La España Moderna» nos ha obsequiado con un ejemplar de su disparate cómico lírico «El fantasma de los aires».

Muchísimo agradecemos á don Camilo el regalo deseando que su fantasma le dé dinero y aplausos y que el dinero aunque sea por ese fantasma dado, sea contante y sonante y no dinero fantástico.

Un médico muy aficionado á la caza envia á uno de sus criados con dos encargos: una cajita de píldoras para un enfermo, y media docena de conejos para uno de sus amigos.

El criado confunde las direcciones y entrega al enfermo los conejos con la prescripción siguiente:

«Dosis: dos cada media hora.»

—Lleva esta carta en seguida á mi amigo don Remigio
—Y si acaso no esté en casa ese señor, ¿qué le digo?

Dos serpentinatas.

El lunes en Cibils y el 3 de Mayo en Solis se presentarán las Serpentinatas, que ejecutan con las gasas y la luz, maravillosos juegos.

—Yo no sé cuanto daría dijo el jugador Luis Cruz ser así, pues podría jugar hasta con la luz.

Uno de los versos que acompañan los dibujos de la caricatura «El frio» dice:

Como sudorífico el estudio de cuentos es magnífico.

Lean Vds. en vez de cuentos, cuentas, y maldigan en seguida á los tipógrafos aunque solo sea una docena de veces.

Antes de casarse Blas á cumplir fué con la Iglesia, y el cura que oyó sus culpas le absolvió de todas ellas. Blas, achacando á un olvido no le echase penitencia se lo indicó al padre cura, que repuso con gran flemma: —¿No me dices que hoy te casas? ¡Pues anda, buena la llevas!

Dolce, el fotógrafo de moda va á introducir una novedad en sus retratos. Retratos á la pompeyana, titula él los que de hoy en adelante ejecutará. Es una gran noticia para las niñas, tan amigas de la variedad. ¡Ah! Me olvidaba de decirles que esto no es un bombo.

Una de estas noches, al retirarse un individuo á su casa, compró seis ejemplares de un mismo número de La Tribuna Popular. El pillete vendedor le dijo:

—Se conoce que hoy trae el diario algo que le interesa á usted mucho

—No lo sé todavía: te compré seis números para tener más que leer y no aburrirme, pues la familia está afuera....

—Pero muchacho, ¿cómo has tenido valor para comprar estos duraznos tan malos?

—Bien le dije yo al del puesto de frutas: «Si fuesen para mi, no los llevaba.»

—Diga usted, mozo: ¿cuándo llega el tren de las ocho y cuarenta y cinco?

—A las nueve menos cuarto, señora.

—¡Jesus! ¡siempre están variando las horas en esta estación!

Señores; la crónica de Sport no ha cabido hoy.

«El Anticuario», que paga el alquiler de la casa núm. 184 de la calle 18 de Julio, admite suscripciones á este periódico.



Miguelito—Montevideo—Pero ¿qué se ha hecho usted, hombre?

Je t'aime — id—¿Sabe que, ademas de cargoso es usted insolente como pocos?

O se ha creído usted que se publica el semanario unicamente para su excusivo servicio?

¿Conque solo se ha suscrito á él para leer sus poesias?

Audacia no le faltará, pero lo que es modestial!

Pues sepa usted que sus versos no se han de publicar porque sea usted suscritor, ó deje de serlo, sino porque me parezcan buenos ó cuando menos publicables. Que la insercion de producciones no se paga con las mensualidades de abono al periódico!

¿Estamos?

K. C. Res—Id
¡Si no hablaré claro yo!
¡Que no, hombre; que no, que no!!

Molusco—Pando—¡Y decir que en Buenos Aires se descuartizan hombres que quizá nunca han hecho malos versos!

Facundo—Florida.

Cuanto tonto hay ¡por Dios! en este mundo!

¿No es cierto Don Facundo?

Trece Treces—Paysandú—¡Aparte usted de mí!



LA RAZON



Establecimiento Tipográfico y Litográfico
57-CALLE CERRO-57

En este Establecimiento se ejecutan con rapidez y esmero todo género de trabajos de Tipografía y Litografía, como ser: Facturas, Tarjetas, Rótulos, Circulares, Acciones, Billetes de Banco, Letras de Cambio, Cheques, Conformes, Memorandums, Planos, Diplomas, Músicas, etc., etc.

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE CROMO

Periódicos, Folletos, Impresiones de lujo, Fabricación de Libros en Blanco, Encuadernaciones de todas clases, Trabajos para el Comercio y Administraciones Públicas.

EL ANTICUARIO

CALLE 18 DE JULIO N.º 184

Vende compra y revende -El Anticuario- libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario, los paga bien y no los vende caro.



Estudio Fotografico de DOLCE Her.

Calle Sarandí Núm. 359
Retratos modernos de busto á la romana

A Dolce, es ya cosa vista, nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.



LA MALLORQUINA

18 DE JULIO N. 71

Especialidad en tortells, ensiamadas, pasteles, etc.

Vende esta casa, señores ensiamadas mallorquinas, y otras pastas superiores muy baratas y muy finas.



AL POLO BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ
CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

Da el «Polo Bamba» un café de clase tan superior, que beber no logra usted en el mundo otro mejor.



EN EL TEATRO



Si el descote por delante es igual que por detrás, tendrá esta niña, de fijo, mucho bueno que admirar.

TWYFORD Y CIA

L IQUIDAN por completo la sección de artículos para señora, dedicándose solamente al ramo de artículos para hombre.



EL CORSE VENUS

De Venus es, en verdad, digno este corsé famoso. ¡Si no hay otro tan hermoso ni de más comodidad!

Es el mejor de los corsés; es la flor



Verdaderos especialistas en los trabajos modernos de la profesión.

Sarandí esq. Cerro. Entrada: Cerro, 128

El gran remedio contra la epidemia reinante



COÑAC LA CRUZ ROJA

Este coñac, el más puro, el más rico, y tomándolo en consideración su calidad, el más barato de los que se venden en el país, se puede obtener en todos los almace- nes y confiterías de la República.

GRÁNULOS ANTICATARRALES



Es seguro que no hay tos que, aun hija de antiguos males, resista al uso de los GRANOS ANTICATARRALES.

BOTICA ORIENTAL

Plaza Gagancha 42

Autorizados por el Consejo de Higiene Pública

EL TORO

MANUFACTURA DE TABACOS Y CAFÉ Á VAPOR
URUGUAY 288 AL 292



¿Buenos tabacos? No ignoro que los hay, mas no serán como los que expende «El Toro». ¿Que no? Prueben y verán.